

CAP. VII.—De los bienes del Estado.....	53
De los baldíos	54
De los montes	64
Repartimientos.....	71

der las obras públicas, porque no les está encomendada la administracion y por tanto no pueden saber si es ó no posible sin daño público la suspension de las obras que tienen ese carácter.

Para evitar muchas dificultades ha sido á veces costumbre asentar entre las condiciones de la contrata que en caso de desavenencia entre las partes que la han celebrado se someta el contratista á la decision administrativa de la autoridad superior á la que celebra la contrata.

CAPITULO VI.

DE LOS BIENES DEL ESTADO.

«En la expresión genérica *dominio nacional ó propiedad de la nacion*, se comprenden el dominio público y el del estado; dos derechos que si bien distintos entre sí, proceden de una raiz comun.

Son bienes del Estado aquellos que pertenecen en plena propiedad á la nacion y forman una especie de patrimonio comun á todos los ciudadanos. Entre estos y los bienes públicos media una gran diferencia, porque si los unos se destinan á cierto uso general, los otros se administran exclusivamente por el Gobierno. El los adquiere y conserva, los

aprovecha y enajena segun las necesidades del servicio y los intereses de la sociedad.

“Los bienes públicos (*res publicæ*) corresponden á la nacion en conjunto por el derecho de soberanía, y todos los ciudadanos los poseen y aprovechan *ut singuli*: los del estado (*res universitatis*) pertenecen á la nacion á título de dominio, y los posée y aprovecha *ut universitas*, esto es, como el ente colectivo ó la persona moral llamada pueblo, representada en su Gobierno. La conservacion, uso y fomento de los primeros constituyen actos verdaderamente administrativos; y de los segundos nacen actos de pura gestion económica.

Entran en la categoría de los bienes del estado los baldíos, los montes, las minas, los bienes mostrencos y los nacionales.

De los baldíos

Llámase baldíos los terrenos incultos que el estado conserva en su dominio y cuyas producciones consisten en los frutos espontáneos del suelo, ó sean los terrenos que no correspondiendo al dominio privado, pertenecen al dominio público para su comun disfrute ó aprovechamiento y no están destinados á labor alguna.

“El origen de los baldíos data, segun Jovellanos, del tiempo de los Visigodos, los cuales ocupando y repartiendo entre sí los dos tercios de las tierras conquistadas, y dejando uno solo á los vencidos, hubieron de abandonar y dejar sin dueño todas aquellas á que no alcanzaba la poblacion extraordinariamente menguada por la guerra. A estas tierras (dice) se dió el nombre de campes vacantes, y estos son por la mayor parte los baldíos.

El origen de los baldíos en Méjico debe de ser el sobrante de los antiguos repartimientos que no fueron dados ni á los

pueblos para el comun, ni á los particulares á título de propiedad privada.

Previene la ley 3^a tít. XI Part. II que «se non yermen las villas, nin los otros logares» antes debese procurar que la población viva y crezca en medio de la abundancia. A este fin conduce el aumento de subsistencias, resultado natural de convertir las tierras de dominio público en propiedad particular, «cob diciendo, dice D. Alfonso el Sábio, que sean bien pobladas e labradas..... porque hayan los omes los frutos de ellas mas abondadadamente.»

“Enrique II siguió unas veces el impulso de los principios y cedió otras á los intereses egoistas que atajaban sus pasos. Los pueblos insistían en mantener la confusión de las tierras baldías y concejiles para ensanchar el límite de los aprovechamientos comunes, y los ganaderos se oponían á todo rompimiento, así como á la enajenación de los terrenos incultos pertenecientes á la Corona, ya fundándose en privilegios de autoridad dudosa, ya en el deseo inmoderado de favorecer al Consejo de la Mesta. Felipe II despachó varios jueces con la comision de proceder á la venta de varios baldíos y á la distribucion de las tierras de la mejor manera. Reclamaron contra la enajenacion los procuradores del reino en las Córtes de Madrid de 1586, y el rey, otorgando su peticion, mandó que no se enviasen jueces á vender ni remedir tierras públicas y baldías; y que si por alguna causa algunas tierras de las vendidas se hubieren de remedir, las demás que se hallaren no se vendiesen, sino quedasen por públicas y concejiles.

A pesar de esta ley renovóse la práctica de vender las que el Estado poseía, y las Córtes insistieron en la no enajenacion, obteniendo de Felipe III y Felipe IV en las de Madrid de 1609 y 1632 al otorgar el servicio de millones, la promesa de «no vender ni enajenar tierras baldías, ni árboles, ni el

fruto de ellos, sino que quedarán siempre lo uno y lo otro para que los súbditos y naturales tuviesen su uso y aprovechamiento. Ley 2 tít. XXIII libro 7 Nov. R.

Felipe V restableció el principio de la enajenación y creó una junta encargada de conocer exclusivamente del negocio de baldíos, sus adjudicaciones y ventas (tít. y libro citados nota 1^a) la cual fué suprimida en 1746 después de las vivas y reiteradas instancias que á Fernando VI hizo la Diputación del reino, habiendo accedido también al reintegro de los bienes vendidos, restituyendo las cosas á su anterior estado. Ley 3^a tít. y libro citados, nota 3^a.

Carlos III y Carlos IV insistieron en la venta de los terrenos baldíos y dictaron varias providencias para promover la enajenación y repartimiento de terrenos, si bien con leves resultados.

Las Córtes de Cádiz recordaron el repartimiento de una parte de las tierras baldías entre los militares veteranos, destinando otra para hipoteca de la deuda nacional, y reservando los terrenos necesarios para pasto y los egidos de los pueblos.

Fernando VII ordenó la venta de los bienes baldíos y realeños con destino al pago de réditos y amortización de la deuda pública, exceptuando:

Los terrenos arbitrados y apropiados con autoridad real ó del Consejo y los pastos necesarios á los ganados trashumantes cerca de las cañadas, abrevaderos y descansaderos.

Si la agricultura ha de prosperar, y si la riqueza pública ha de recibir un razonable incremento es preciso abrir paso al interés individual, facilitando el tránsito de estas tierras del dominio del estado á la propiedad particular. Consultense enhorabuena las necesidades locales, modifíquese el principio tomando en cuenta los usos, costumbres, fueros y otros

accidentes de la vida social; pero reprímanse tambien las pretensiones egoistas, el monopolio de los intereses y las rutinas perjudiciales.

Es cierto que mientras la dificultad de los trasportes oponga obstáculos invencibles á la circulacion y salida de nuestros frutos, la demanda de terrenos vírgenes será escasa y débil; mas no por eso dejarán de roturarse todos los necesarios al movimiento progresivo de la poblacion y de la industria que propenden á dar cada dia mas ensanche al comercio interior y exterior.

Proponen algunos, como arbitrio eficaz para extender el cultivo á los baldíos y disminuir los despoblados, la fundacion de colonias agrícolas que merecen un particular estudio.

Hay varias maneras de colonias agrícolas, unas que llevan el sello de las instituciones caritativas, y acaso aprovechen para remediar la miseria allí en donde hace grandes estragos, cuando ya no bastan á contener su crecida los recursos ordinarios de la beneficencia. Entonces procura el Gobierno, no el fomento de la agricultura, sino el alivio de los pobres, dando por bien empleados los tesoros que consume en socorrer el infortunio.

Hay tambien colonias penales, poco favorables en verdad á la regeneracion moral de los delincuentes, porque no intimidan, no enmiendan, no hay disciplina severa ni prisión segura. Transformar un vicioso vagabundo en honrado labrador solo por la virtud del cultivo, es un sueño generoso. Promover la agricultura concediendo terrenos en propiedad á hombres sin hábitos de trabajo y economía para que los vendan y disipen su valor en verdaderas saturnales, ó sujetarlos á la condicion de colonos sin que el interés privado aliente su ánimo y fortalezca sus brazos para romper montes, no son sistemas recomendables á los ojos de la economía pública.»

Y sin embargo en algunas épocas en que se han confinado, aunque no legalmente por cierto, á algunos reos á la península de Yucatan, la falta de recursos los obligó á trabajar y el fruto del trabajo dió principio á la enmienda de algunos de esos reos ya que no á todos, por desgracia. Este hecho demuestra que en determinadas casos pudiera ser útil alguna colonia penal, siempre que el reo no quedase en ella con la libertad de trabajar ó no trabajar sino verdaderamente obligado á hacerlo, porque nada sirve mas que el trabajo para reformar á los criminales.

Hay colonias militares que parecen mas bien propias de pueblos y siglos bárbaros que de naciones cultas, buenas para proveer á la defensa de una frontera abierta, ó para mantener en obediencia un territorio que es preciso sujetar con la fuerza de las armas, pero inútiles al intento de reducir nuevas tierras á labor y mejorar los sistemas de cultivo.

Hay colonias libres y forzadas: aquellas pueden todavía ser dignas de alabanza si no por sus resultados positivos, á lo menos considerando que descansan en un principio fecundo de toda mejora y progreso; pero estas no tienen ningun contacto con el fomento de la agricultura.

Hay por último colonias formadas con naturales y otras que se fundan con extranjeros, ya sea mirando al aumento de la poblacion de un estado, ya porque el Gobierno se propone difundir con el ejemplo nuevos ingenios y métodos de labranza.

Reduciendo nuestro exámen á las colonias libres nacionales ó extranjeras y verdaderamente agrícolas, conviene notar los inconvenientes propios de su naturaleza.

Lo primero, es dudoso si los gastos de la empresa serán compensados con sus beneficios probables, y si no seria preferible abandonar su fundacion al cuidado y diligencia del todo

particulares, apartándose el Gobierno de toda intervención directa é inmediata.

Lo segundo, es peligroso á la prosperidad de las colonias admitir toda suerte de gentes, laboriosas ó no, económicas ó disipadas, aptas ó ineptas para las faenas del campo; y aun cuando procure el Gobierno establecer reglas para distinguir las personas útiles de las inútiles ó perjudiciales, siempre serán vagas, inciertas y de difícil aplicación.

Lo tercero, debe recelarse que los colonos enervados por la miseria (pues solo los desvalidos se determinan á proponer su patria á una tierra extraña y desconocida) sean hombres dispuestos á labrarse una fortuna, apurando los beneficios que á tanta costa les dispensa el Gobierno.

Lo cuarto, es de sospechar que los grandes capitales que el Gobierno necesita para fundar y proteger las colonias agrícolas, sacados del fondo de las contribuciones públicas, no causen mas daño que provecho á la agricultura, porque aumentan sus cargas y desvían de su curso natural las fuentes de la riqueza.

Lo quinto conviene tener en cuenta los vicios de la administración que son inevitables donde quiera que la mano del Gobierno se ingiere para dirigir empresas propias de la industria privada.

Por último, importa considerar que los extranjeros mas adelantados en el arte del cultivo, suelen tropezar con obstáculos invencibles en la naturaleza del terreno, al poner en práctica sus métodos de labranza, y poco á poco caen en la rutina común á los naturales.

Mas suponiendo que el Gobierno con su habilidad ó su fortuna haya removido todos ó los mayores obtáculos que se oponen á la fundacion de las colonias agrícolas, no vacilamos

en proponer como condiciones necesarias al logro de sus deseos las reglas siguientes:

Que escoja tierras fértils y sazonadas para el cultivo de los frutos ó primeras materias, cuyo fomento debe ser la base de la prosperidad de la colonia, ya mirando á las necesidades de la alimentacion, ya á las ganancias de la industria ó del comercio.

Que se distribuyan por suertes entre los colonos, no tanto fundando la distribucion en el principio de la igualdad absoluta, cuanto en la justa proporcion de cada pegujar con el capital, actividad é inteligencia de los cultivadores. El repartimiento uniforme es solo favorable á los rudos y perezosos.

Que se concedan los terrenos en propiedad para despertar en el hombre el amor al trabajo, la sed de mejoras y la esperanza de allegar una fortuna. El colono que no fuere propietario, mas se parecerá al siervo de la edad media, que al labrador de nuestro siglo. Esto no impide que al principio posea el colono la tierra á título de censo enfitéutico, hasta que, redimida la pension, consolide el dominio.

Que la situacion de la colonia sea bien escogida, en medio de pueblos ricos y abundantes, con los cuales pueda cambiar sus productos á beneficio de las vías de comunicacion y transporte que debe abrir el Gobierno.

Que en todo caso se prefiera colonizar con naturales á colonizar con extranjeros, pues si la introduccion de los métodos de labranza usados en otras partes no es una ventaja cierta, parece justo y político atender primero á mejorar la condicion de nuestros pobres, que á socorrer los ajenos.

Y en fin, que el Gobierno provea de mantenimientos, semillas, ganados y aperos de labranza á los colonos, y que los exima de las contribuciones de sangre y dinero por cier-

to número de años. Pueden hacerse estos gastos por vía de anticipacion, debiendo los colonos satisfacerlos con el importe anual del cánón módico con que se grava la concesion de los terrenos.

Es conveniente que al hacerse la concesion de terrenos baldíos á alguna empresa de colonizacion no se comprendan los terrenos cubiertos de monte alto ó maderable y que sí los terrenos, objeto de la concesion, fueran de monte bajo é inmaderable, ó estuviesen cubiertos con árboles dispersos que no formen masas ó rodales de monte alto, la empresa está obligada á satisfacer préviamente su valor, si no llevase á cabo su proyecto de colonizacion.

En la designacion y concesion de estos terrenos se deben respetar los caminos, fuentes, abrevaderos, usos, aprovechamientos y demás servidumbres públicas y privadas legalmente establecidas."

Poca eficacia sin embargo han de tener las leyes en el establecimiento de colonias agricolas mientras no se garantice la mas completa seguridad para las vidas y las propiedades, mientras no haya caminos fáciles para comunicar las colonias con los pueblos ya establecidos, de alguna importancia.

Ni producirán tampoco grandes resultados la leyes de colonizacion extranjera, mientras no sea conocida nuestra República en el extranjero. Por esta causa lo que importa para atraer la inmigracion de hombres laboriosos y honrados es que se pongan en práctica cuantos medios haya para hacer saber al mundo que las tierras mexicanas son riquísimas y los habitantes hospitalarios hasta el exceso. Entonces afluirá la población extranjera.

"Donde quiera que haya tierras fértiles en condiciones favorables para el comercio de sus frutos, los reducirá á cultivo el interes privado sin mas estímulo ni recompensa que la

protección ordinaria del Gobierno. Donde no las haya, el auxilio oficial será la expresión de una vana esperanza del legislador oficioso, atento á crear una vida artificial, hija de su buen deseo, pero también de flaco fundamento, porque nunca prevalecerán las instituciones contrarias á la naturaleza.

Procurar la enajenación de los baldíos y realengos, fomentar todas las industrias, abolir todos los abusos locales fundados en tradiciones erróneas ó en leyes no aplicables á la situación actual la propagación de la enseñanza, la atención en cuanto concierne á la sanidad y salubridad y la protección sostenida de todos los intereses que se agitan en la esfera social tales son los medios verdaderos, los únicos eficaces de disminuir nuestros terrenos ociosos y vacantes."

Los terrenos baldíos pertenecieron á los Estados durante la primer época de la Federación y fueron del dominio nacional durante el tiempo en que rigió de alguna manera el sistema ceutral. Restablecida la Federación á consecuencia de la revolución de Ayutla, parecía lógico que volvieran los terrenos baldíos á ser propiedad de los Estados; pero el art. 72 fracción XXII. de la Constitución federal confirió facultad al Congreso de la Unión para fijar las reglas á que debía sujetarse la ocupación y enajenación de terrenos baldíos y el precio de estos, lo cual se verificó por la ley de 20 de Julio de 1863 y la tarifa relativa del mismo mes y año, siendo actualmente el producto de la venta de baldíos divisible entre los Estados y la Federación.

Esta venta figura como una de las partidas de consideración en el tesoro de la vecina República de los Estados Unidos del Norte y figurará también en el nuestro cuando en Europa sea bien conocida la nación mexicana y cuando se acierte con el medio de excitar la actividad de los nacionales.

Los hombres de las razas indígenas que llevan una vida mas penosa y mas miserable que las mismas bestias destinadas al servicio de las fincas de campo, hallarian en el establecimiento de colonias agrícolas mexicanas, no solo el alivio á sus dolores sino el restablecimiento de la dignidad humana que en ellos parece perdida.

Tal vez sea una insistencia sin fundamento; pero siempre será conveniente repetir que algunas leyes prudentes y una juiciosa protección á esas razas infelices levantarian su inteligencia y protegerían el desarrollo de su actividad ahora muerta, con lo cual la República mexicana aumentaría casi instantáneamente su población, que en realidad no es mas que el quinto de lo que aparenta ser por la cifra de los habitantes, que en su mayor número no viven sino que vegetan en un territorio tan rico y tan extenso como es el territorio nacional.

Tratándose de terrenos baldíos se ofrece una cuestión de inmensa gravedad, de tanta, que no faltan personas que crean que á haberla tocado algunas administraciones han debido su pronta caída, en la sucesión de gobiernos transitorios, fugaces, por decirlo así, que por muchos años formaron la insititable administración de México. Esta cuestión es el deslinde de la propiedad particular como base para el conocimiento exacto de los terrenos baldíos. Y en efecto es la cuestión sumamente delicada porque subleva intereses ya adquiridos y dá margen á cuestiones odiosas. Casi siempre los litigios suscitados por los pueblos contra los propietarios vecinos son por causa de tierras y de aguas que escasean á los mismos pueblos, y estas cuestiones es conveniente que sean resueltas por la autoridad judicial antes que se conviertan en motivos de violencias de hecho dañosas siempre porque la propiedad se paraliza en sus productos.

Conveniente seria dictar algunas providencias, bien sean del órden legislativo, bien sean administrativas que tiendan á dar alguna actividad y movimiento á la venta y ocupacion de los terrenos baldíos, siquiera como una fuente de recursos para los Estados, casi todos reducidos á proporciones tan escasas en sus ingresos que apenas pueden atender á los gastos de conservacion, sin llegar sino con suma dificultad y estrechez á los qne son necesarios para las mejoras materiales, por las que tanto anhelan los pueblos, que son indispensables para el desarrollo de todo género de producciones y para la prosperidad de las naciones.

Acaso en ninguna parte del territorio nacional seria tan útil la enajenacion de terrenos baldíos como en la frontera mexicana que divide nuestros Estados de los Estados Unidos del Norte, con tal de que esos baldíos fueran ocupados por poblaciones vigorosas capaces de competir en actividad y en iniciativa con las de los Estados vecinos, de donde parece venir siempre algun peligro para el país. Hay ademas de esta consideracion muy grave por cierto, otra que no es menos importante: la proximidad de los terrenos en este caso seria la manera de propagar rápidamente en el territorio mexicano todos los progresos que dia á dia hace el pueblo del Norte.

De los montes.

La administracion de los baldíos va envuelta con la de los montes, cuando los terrenos están cubiertos de árboles; y cuando no, los pueblos, ó mas bien el primer ocupante aprovecha, esquilma y destruye el terreno, siendo su voluntad la ley y su interes el límite de sus actos.

«La sociedad entera está interesada en la replantacion progresiva y en el entretenimiento de los arbolados que proporcionan las maderas necesarias para la construccion y re-

paro de los edificios; que suministran las leñas y carbones indispensables para todos los usos de la vida; que purifican la atmósfera; que son los conductores de las lluvias; que alimentan la vegetación y aseguran las cosechas; que ofrecen sombra y frescura á los viajeros fatigados, y que en fin hacen habitables los campos, desiertos cuando no gozan de este beneficio.

Nuestra legislación sobre montes fué muy variá y aun contradictoria, unas veces descuidando los montes del estado y los comunes, y otras oprimiendo los particulares. Las primeras leyes hállanse en los fueros de Nájera y Soria donde se comprenden disposiciones minuciosas acerca de los montes, de los montaneros y policía de los campos. Las Cortés de Valladolid de 1256 y 1351 suplicaron á D. Alonso X y D. Pedro pusiesen remedio á la tala é incendio de los pinares y encinares; y el rey hizo ordenamiento para impedirlo, sopena de muerte, y perdimiento de bienes.»

“Con estas parciales providencias fueron protegidos los montes hasta la publicación de la pragmática de Toledo de 1480, á la cual siguió otra en 1496, dadas ambas por los Reyes Católicos en que se procura fomentar el arbolado, y se prohibían las talas y desceplos y señalaban reglas para las cortas (ley I^a tít. 24 lib. 7 Nov. R.) Don Carlos I y doña Juana despacharon en Valladolid, año 1518, una real provisión para la repoblación de los montes, mandando á las justicias y á los concejos de las ciudades, villas y lugares del reino que hiciesen nuevos plantíos, pues ya se notaba la falta de leñas y de abrigo para los ganados en tiempo de fortuna. (Ley 2^a tít. citado) Felipe II, en la instrucción que dió á D. Diego de Covarrubias, cuando le nombró presidente de Castilla en 1582, le decía: «Una cosa deseó ver acabada de tratar, y es lo que toca á la conservación de los montes y aumento

de ellos que es mucho menester, y creo andan muy al cabo. Temo que los que viniesen despues de nosotros, han de tener mucha queja de que se los dejamos consumidos, y plegue á Dios que no lo veamos en nuestros dias.» Con todo eso, no dictó otras providencias que la prohibicion de que entrasen á pacer los ganados en donde habian sido quemados los montes para mas crecimiento de ellos y del pasto. (Ley 7 tít. citado.) Felipe III encargó á los alcaldes mayores tuviesen mucho cuidado y diligencia en hacer cumplir y ejecutar las leyes hechas para la conservacion de los montes. (Ley 9 tít. citado.) Felipe IV, á ruego de los procuradores á las Córtes de Madrid de 1623 (y lo sacaron por condicion al otorgar el servicio de millones), hizo extensiva la pragmática de 1496 á los montes particulares; de modo que todos los del reino quedaron sujetos á los reglamentos; y Carlos II dictó otras providencias estériles en su mayor parte, porque mas bien contenian quejas y penas contra los dañadores de los montes, que preceptos oportunos para el fomento del arbolado.

Felipe V dió varias leyes relativas al aumento de los plantíos generales en todos los montes, dehesas y baldíos pertenecientes á la Corona, y otorgó varios privilegios al Consejo de Guerra y á la Junta de Armadas con respecto á aquellos cuyas maderas sirviesen para la construccion naval. (Ll. 10. 11. 12. y 13 tít. 24 lib. cit. Nov. Rec.) Fernando VI publicó una ordenanza en la cual mandó repoblar los montes del estado y de los pueblos, y hasta á los dueños particulares impuso la obligacion de hacer plantíos; y otra relativa á los montes de marina que prohibia á los propietarios cortar árbol ninguno sin noticia y permiso de las autoridades competentes (Leyes 14, 22 y 23 tít. citado.)

Los montes comunes y realengos de la comprension de la

marina volvieron á regirse por las ordenanzas vigentes en 1808; y en cuanto á los arbolados de propiedad particular se mandó que por entonces no se hiciese novedad. Quedaron pues sin efecto las leyes de Cádiz, y suprimida la conservaduría general de montes y todas las subdelegaciones y juzgados especiales del ramo y sus dependencias. Poco después fué expresamente establecida en toda su fuerza y vigor la ordenanza de montes y plantíos de 1748.

La salud pública, el aprovechamiento de las aguas llovedizas, el peligro de las inundaciones, el progreso del cultivo y el justo deseo de conservar la población exigen cierta proporción conveniente de bosques y tierras de labor que no es posible establecer según una ley general.

Los árboles no atraen las lluvias como se ha dicho, pero influyen en la temperatura y en el grado de humedad de la atmósfera. Toda la cantidad de agua que se desprende de las nubes se distribuye en tres partes: una penetra en la tierra; otra se evapora y otra corre por la superficie hasta juntarse á los ríos y perderse en el mar. Las raíces de los árboles abren paso al agua que va formando depósitos subterráneos de donde salen los manantiales y los ríos, y sus ramas cubiertas de espeso follaje impiden que los rayos del sol aceleren la evaporación; de modo que los bosques disminuyen la fúria de los torrentes, las avenidas y las inundaciones que además de causar grandes estragos, despojan á las montañas de su tierra vegetal, y se tornan estériles como las rocas.»

No está más adelantada que la legislación antes referida la policía de los montes y arbolados en la República. En más de medio siglo de continuas revueltas políticas, la administración pública ha tenido que ocuparse casi exclusivamente en el cuidado de su propia conservación, desentendiéndose del servicio y bien de los pueblos. Por esta causa los montes cer-

canos á las poblaciones han desaparecido completamente y solo se conservan aquellos que por su distancia á los caminos y poblaciones de alguna importancia no ofrecen aliciente para la corta de maderas.

Esta corta es á su vez una de las causas que vienen influyendo en el estancamiento ó parálisis, si es lícito expresarse así, del progreso de las razas indígenas. Cuando un hombre de esas razas ha logrado vender la tablazón ó madera que obtuvo de los árboles que, sin mirar al porvenir ha destrozado en el monte, sin considerar mas que el precio que pagó el propietario por el árbol y el precio en que ha vendido en México, por ejemplo, cree haber hecho un buen negocio; pero no ha calculado el valor de su trabajo en los días que ha permanecido remontado, y de esta manera continua y confirma su costumbre de no estimar su trabajo, y no estimándolo, por rudo y fuerte que sea, deja de ser productivo.

Lo difícil de los caminos hace que cierta clase de maderas no se puedan llevar á las poblaciones en que pudiera tener consumo porque el precio sería excesivo. Y de esta manera ni en el país mismo son conocidas las bellísimas y muy sólidas maderas que hay en los bosques de México y mucho menos lo son en Europa para donde pudieran exportarse con indecible aprecio. Tristeza causa ver que hay pueblos en que los habitantes emplean como combustible la caoba, el palizandre, el ébano y otras maderas preciosas.

Y no es este el mal de mayor cuantía, porque es de creerse que en breve las vías de comunicación facilitarán el transporte á los mercados nacionales y la importación para los extranjeros de la incalculable riqueza que el país posee en maderas de todas clases. Lo que es de temerse es que cuando el remedio llegue, los arbolados hayan concluido ó que el aliciente de una grande utilidad haga que los montes queden

talados por momentos. Quien sepa que las lomas de Tacubaya, próximas á la ciudad de México, hoy tristes, áridas, sin un árbol que mitigue los ardores del sol, fueron en otro tiempo cedrales riquísimos, cuyas memorias quedan en algunos techos y artesones en la Capital, no tendrá como exagerado el temor de que acaben los bosques de México por la acción lenta del abandono ó por la muy violenta ocasionada por el aliciente de una regular ganancia.

En el Distrito de México la legislación administrativa debe proveer á la plantación de arbolados que en dicho Distrito es mas que en otros lugares necesaria. Y en los Estados deben considerarse como una fuente de riqueza y como un medio poderoso de higiene pública.

«La buena administración de los montes, dice el autor que con frecuencia citamos, abarca una multitud de cuidados que consisten en restaurarlos, deslindarlos, regularizar las prácticas nocivas, oponerse á los abusos inveterados, ordenar los aprovechamientos, perseguir los fraudes, y en fin dictar reglas para las siembras y plantíos y para la conservación y beneficio del arbolado.”

Este género de disposiciones que debe ser particular de cada Estado, debe tener su debida ejecución por los ayuntamientos ó corporaciones municipales que son las autoridades que con mas propiedad se empeñan en el bien material de las poblaciones y de los habitantes. Y deben proveer sobre todo las leyes administrativas á la conservación de los arbolados y á la reparación de los que están ya consumidos, dictando reglas para el tiempo en que debe verificarse al corta de los árboles, ya atendiendo á la estación, ya á la edad de los mismos árboles.

Pero disposiciones de esta clase mas que por acción de las leyes surten efecto difundiendo la enseñanza pública, hacen-

do comprender á los moradores de los campos y de las poblaciones la utilidad y ventajas que les resultan de la conservacion de los arbolados, de la continua plantacion de ellos y de las condiciones con que debe cortarse la madera.

En Europa hay una legislacion minuciosa y excesiva severidad en este ramo de la administracion y al asiduo cuidado que en ella se ha tenido se debe la conservacion de bosques y arbolados que sin la constancia en él habrian ya desaparecido. Si no tanta severidad como en Europa, algo por lo menos deben poner en práctica los gobiernos de los Estados y del Distrito en este importante asunto.

El palo de tinte que ha sido uno de los frutos de exportacion que ha tenido la República parece estar ya en peligro de acabar si no se dictan las disposiciones convenientes.

La legislacion administrativa sobre montes y arbolados debe comprender no solamente á los públicos sino aun á los particulares porque los beneficios de la vegetacion y los males que puede producir su aniquilamiento surten sus efectos no únicamente en favor ó en contra de los particulares propietarios sino de comarcas enteras.

El interes individual vendrá á dar un amplio desarollo al empleo de las maderas preciosas en que abunda el país y el Gobierno puede y debe favorecerlo, facilitando las vías de comunicacion ó impidiendo la tala de los bosques y de los montes.

Los montes y los bosques han sido y serán por mucho tiempo todavía ocasiones de grave conflicto entre los propietarios de fincas rústicas y los indígenas. Y mas todavía los montes y los bosques que las tierras de labor, porque en aquellos encuentra el indígena alimentos para sus ganados y combustible.

De los repartimientos de los terrenos en el territorio me-

xicano, dice el Sr. Prieto en sus «Cuestiones económico-políticas.»

«La expropiacion de la raza indígena verificada por la conquista fué absoluta. *La tierra pertenece al rey*, se sentó como el primer artículo de la creencia social.

El rey en los terrenos en que se iban á implantar las ciudades dió sitios á los conquistadores (solares) agrupándolos como para la defensa, como quien designa en el campamento el lugar de las tiendas de campaña, con la precaucion del guerrero, ántes que con las esperanzas del colono.

En los campos hizo el conquistador en nombre del rey concesiones de tierras segun cuenta la historia. Las concesiones se *trasformaron en repartimientos* cuando la primera liberalidad despues de la embriaguez del triunfo, se hizo reflexiva.

Pero el soldado afortunado á quien la conquista se le presentaba como la Amaltea de la fábula, derramando de un tosco instrumento los tesoros de la abundancia, quiso mas ser señor y tener pompa y vasallos que fecundar su tierra con el trabajo; seducia mas su imaginacion la fatiga romancesca del guerrear, que las tareas oscuras y apacibles de la vida del campo.

En el terreno que adquiria el soldado congregaba un pueblo que le fuese tributario. La concesion era mas al trabajo que á la tierra. La tradicion feudal asomaba su cabeza entre el follaje de las victorias, deslizándose y enlazándose al tronco de la sociedad naciente.

Hubo, no obstante, indígenas que, ó como precio de sus defucciones, ó como premio á su resignacion con un nuevo yugo, ó como merced obtenida á los piés del vencedor, reclamaron y consiguieron concesiones, es decir, se les recono-

ció dueños de lo que era suyo, á título (ironía sangrienta) de real munificencia con el vencido.

A los pueblos de indígenas se concedieron *terrenos de comunidad*, es decir, concesión á la entidad colectiva ó corporación, con condiciones tales, que los soñadores socialistas de nuestros días habrían hallado en ellas mejores modelos que los creyeron encontrar en Platon y los Esenios, los Moravos y la famosa Utopia de Tomás Morus.

Los *caciques* y los concejales, como entonces se llamaba á los ayuntamientos, repartían entre las familias del pueblo las tierras, para que las trabajasen en comun, bien constituyéndolas en usufructuarias.

La concesión podía explotarse, podía trasmisitirse entre los individuos del pueblo mismo; pero si la familia se extinguía, la tierra volvía á la comun; si sus individuos se ausentaban de la tierra, el pueblo la recobraba para hacer de ella un nuevo reparto. En una palabra: hé ahí la propiedad: individual representada en el blanco; colectiva en el indio,

La primera con sus caracteres de derecho; inviolable, exclusivo, trasmisible; en el indio, limitada, dependiente, estancada en una entidad colectiva con todos los inconvenientes de la posesión en comunidad.

No libre, porque se multiplicaban á su rededor y como incompetencia las restricciones reales y municipales; no fecunda, porque la poca extensión del terreno, la incertidumbre de la posesión, el temor justo de que la recogiese el pueblo, hacia que no se emprendiese nada para el porvenir, ni cultivo, ni mejora, ni esa fecundación energética del suelo que sabe producir el hombre cuando tiene abierto á sus ojos el horizonte del futuro y sonriendo en él luminosa la promesa de su inmortalidad en su raza. El indio, por la naturaleza de las cosas, limitó sus necesidades, se adhirió como la raíz á la

tierra que le alimentaba con su jugo, materializó sus facultades, y se hizo aislado, inerte, perezoso en su desarrollo, como el líquen que aparece como costra y como lepra de la roca en que nace.

El blanco, señor de su tierra, soberbio con su posesión, sustentado por el *tributo* de sus vasallos, atento á las fáciles y copiosas riquezas que las expediciones guerreras y las minas le brindaban, descuidó la fecundación de los tesoros agrícolas que poseía agrupándose al rededor del Gobierno, que le seducía con el fausto, los honores y los atractivos del poder.

Vencido México, lanzado Cortes á la intempestiva y aventureada expedición de Hibueras, sus capitanes, de orden superior ó por ellos mismos, emprendieron sedientos de celebridad y de fortuna, lejanas excursiones y al espaciar su vista en nuestras llanuras inmensas y al levantarse erguidos sobre nuestras cordilleras atrevidas y caprichosas, se señalaban arbitrariamente posesiones con el título de primeros ocupantes sin mas respeto que su antojo, sin otro valladar que el que las contemporizaciones con los compañeros de armas, imponían á su codicia.

Esta ocupación material de que nace siempre la propiedad, indecisa, informe, contingente, creó un modo de ser social, que me voy á permitir explicar.

En los terrenos del centro, en los favorecidos con la mayor población, en los definidos por la misma contraposición de intereses, la propiedad en la división de que hemos hecho mérito, es decir, individual y común, tuvo una fisonomía distinta y marcada.

En las extremidades todas, allí donde el principio del primer ocupante imperó absoluto, allí donde la arrogancia del caudillo medio oscureció el recuerdo del dominio eminent

del rey y las formalidades de la concesion, prevalecieron los hechos y se armaron por la naturaleza de las cosas con las prerrogativas del derecho.

Al aparecer en aquellas desiertas regiones los representantes del rey, exigiendo obediencia, examinando posesiones, discerniendo títulos, nacieron multitud de conflictos que tuvieron que terminar en *composiciones* para dar forma á las relaciones entre el soberano y sus vasallos.

Hé aquí cómo se practicaban las *composiciones*:

Nombraban de entre los personajes mas idóneos del vireinato un *juez de composicion de tierras y aguas*.

Dirigíase á la provincia, se publicaba un aviso para que todo poseedor se presentase á exhibir sus títulos de propietario: ejecutábanlo los poseedores de terrenos y se procedía á esclarecer el derecho á la medicion de las tierras y á la contenta del rey por medio de dinero y obsequios y agasajos al juez, premio, á veces, de liberales condescendencias. Así se perfeccionaban los títulos de propiedad.....

«Las cuantiosas adquisiciones de los conquistadores y sus descendientes, la acumulacion de bienes en manos del clero, dominador, irresponsable adherido á la perpetuidad por instinto de vida y por cálculo de influencia, los monopolios, las *tazas*, los abastos y restricciones fiscales, razones son todas para que la propiedad no exista sino de un modo enfermizo y miserable, miéntras que no se reformen y remuevan los elementos deletéreos que la empobrecen y malean.

El blanco puede tener propiedades usurpadas que á la vez que privan á la nacion de sus rendimientos, crian en sus manos una especie de monopolio de las tierras, funesto á la política, nocivo á los cultivadores y sordo alimento de la guerra de castas.

Para completar estos estudios, conviene tener presente un

hecho que ha influido de un modo poderoso en la situación de nuestra propiedad territorial. Parece á primera vista que los dos sistemas explicados sobre el modo con que poseian los descendientes de los conquistadores y los indígenas sus respectivos lotes, no podian confundirse ni tener punto alguno de contacto; pero no ha sucedido así; por una parte los llamados blancos con el carácter de superiores natos de los indígenas, intervenian á título de protección en todos los negocios de los pueblos y monopolizaban sus productos; ademas, el clero lograba fácilmente burlar la legislacion para apoderarse por donacion ó por cualquiera otro título de los bienes comunales, reconociéndoles algunas servidumbres, y esta usurpacion la pasaba intacta á los particulares, antes por medio de ventas y ahora por la enajenacion que ha tenido su origen en las leyes de reforma: los indígenas por las leyes de Indias tenian á su vez varios derechos importantes sobre los bienes de los particulares y sobre los del Estado, pues podian sacar de los bosques leña y frutos, y cuando en los sembrados se levantaba la cosecha, podian introducir sus ganados en las tierras para proporcionarles pastos.

Estas últimas concesiones han sido injustamente desconocidas por los propietarios, y de aquí provienen otros de los innumerables litigios que llegan hasta amagarnos con otra guerra de castas.....»

De las minas.

“Entre los jurisconsultos y los economistas encuentra amigos y enemigos la doctrina que distingue la propiedad del fondo y la propiedad de la superficie. Unos dicen que esta distincion es imaginaria, pues no hay verdadera separacion de partes ni límites posibles. La superficie es inútil sin el fondo y el fondo inútil sin la superficie; de suerte que rom-